

## El servicio doméstico en Colombia a principios del siglo XX bajo la mirada de una mujer protestante

Beatriz Castro C.<sup>1</sup>

### Resumen

El artículo describe el servicio doméstico a principios del siglo XX con base en una fuente histórica particular, el libro *The Least of These in Colombia*, publicado en 1918 y escrito por Maude Newell Williams, esposa de un misionero protestante norteamericano en tareas de evangelización por estas tierras. A partir del libro –un texto sin mayores pretensiones literarias o científicas, escrito con gran simpatía hacia quienes fueron sus propios servidores–, el artículo insiste en una de las características que al parecer definen este tipo de relación social: la particular combinación de cercanía y distancia que permite que el subalterno penetre hasta los rincones más íntimos de la existencia de sus patronos y termine involucrado en un universo familiar y en un mundo de afectos, pero en el marco de una relación social que reproduce día tras día la dominación.

### Abstract

The paper describes the domestic service at the dawn of the XXth Century, based on a particular historical source –the book *The Least of These in Colombia*, published in 1918 and written by Maude Newell Williams, the wife of a protestant U.S. missionary who was an evangelist in these lands. Drawing from the book – which is a text without any significant literary nor scientific pose, written with tender feeling toward those who were their own servants– the paper delves into one of the characteristics that seems to define this type of social relationship: the peculiar combination of closeness and distance that allows the subordinate to make way into the most intimate corners of their masters' existence, and to come out entangled in a domestic universe and in a world of affects, although framed within a social relationship that day and night reproduces domination.

**Palabras claves:** Vida doméstica, empleo, oficios, familia, educación, modernización, protestantismo, Colombia.

---

<sup>1</sup> Antropóloga e historiadora, profesora del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

Aunque en las sociedades hispanoamericanas el *servicio doméstico* ha sido una institución de primera importancia, el problema sociológico correspondiente ha sido muy poco estudiado, a pesar de que este tipo de *relación social* haya sido esencial en el pasado y muy importante en el presente, un presente en el que, de manera paradójica, la propia crisis económica lo vuelve a potenciar, no sólo en las grandes capitales sino en general en todos los medios urbanos –y aun en las provincias, en donde por lo demás es posible que el servicio doméstico muestre aun algunos de sus rasgos más arcaicos– y no sólo en las clases ricas tradicionales o enriquecidas más recientemente, sino aún entre las clases medias y sin ninguna duda en sectores populares.<sup>2</sup>

La inquietud investigativa no parece haber sido grande respecto de esta fundamental y peculiar realidad sociológica del mundo laboral. La mayoría de los trabajos se ha centrado en *denunciar* las condiciones de esta actividad más que en *describirla* o en *reflexionar* sobre el tipo particular de vínculo social que ahí se construye<sup>3</sup>, aunque debe reconocerse que en algunos de estos estudios se ha intentado recrear las complejas relaciones que se generan en las hogares y en la familias en relación con el servicio doméstico.<sup>4</sup>

En Colombia –sociedad en la cual desde el propio siglo XVI el servicio doméstico fue una realidad social y culturalmente importante– sólo recientemente pueden encontrarse investigaciones sobre las condiciones de trabajo de las empleadas domésticas<sup>5</sup> y sobre las transformaciones recientes de ese tipo de relación.<sup>6</sup> Sin embargo –hasta donde llega nuestro conocimiento–, no hay estudios que describan con rigor a ese grupo social y que intenten una definición precisa de ese tipo de vínculo social, a pesar de su significado y extensión. Así por ejemplo, según los datos absolutos disponibles, en 1918 en Bogotá había 1.631 hombres y

---

<sup>2</sup> Sobre la importancia del servicio doméstico en las sociedades europeas del Antiguo Régimen, véase por ejemplo a Philippe Ariès, 'El servicio doméstico: permanencia y variaciones' en P. Ariès, *Ensayos de la memoria 1943-1983*, (Bogotá: Editorial Norma, 1995), pp. 423-432. Para observar la importancia del servicio doméstico en las ciudades coloniales hispanoamericanas, véase por ejemplo a Julián Vargas, *La sociedad de Santafe colonial*, (Bogotá: Cinep, 1990), capítulos tres, cuatro y cinco. Algunos aspectos del funcionamiento contemporáneo del servicio doméstico en Colombia pueden verse en Álvaro Villar Gaviria, *El servicio doméstico: un gremio en extinción*, (Bogotá: Editorial Controversia, 1974).

<sup>3</sup> Por ejemplo, para el caso de México ver a Ana Gutiérrez, *Se necesita muchacha*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1983).

<sup>4</sup> Ver a Lesley Gil, 'Señoras and sirvientes: women and domestic services in La Paz, Bolivia', Ponencia presentada en XIV Congreso de LASA, (New Orleans, 1988).

<sup>5</sup> Alvaro Villar Gaviria, op. cit. y Anna Dattilo Rubbo y Michael Taussing, 'El servicio doméstico en el suroeste de Colombia', *América Indígena*, vol. 41, no. 1, 1981, pp. 85-112.

<sup>6</sup> Mary Castro, ¿'Qué se compra y qué se paga en el servicio doméstico?: el caso de Bogotá', en Magdalena León (editora), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: discusión acerca de la unidad producción-reproducción*, (Bogotá: ACEP, 1982), t. I, pp. 11-23 y Magdalena León, 'Estrategias para entender y transformar las relaciones entre trabajo doméstico y servicio domestico', en Lola G. Luna (compiladora), *Genero, clase y raza en América Latina. Algunas aportaciones*, (Barcelona: Universidad de Barcelona, 1991), pp. 25- 42.

38.688 mujeres en oficios domésticos, en Medellín 565 hombres y 24.314 mujeres, en Barranquilla 229 hombres y 21.106 mujeres, en Cali 398 hombres y 10.868 mujeres y en Bucaramanga 1179 hombres y 8.313 mujeres.<sup>7</sup> Para Bogotá representan el 21% del total de la población, para Medellín el 31%, para Barranquilla el 33%, para Cali el 25% y para Bucaramanga el 38%.<sup>8</sup>

El objetivo del presente texto es el de llamar la atención sobre un aspecto esencial de la historia laboral del país, sobre todo en lo que tiene que ver con la mujer: el *servicio doméstico*, ofreciendo una aproximación inicial al funcionamiento y características de este particular tipo de trabajo asalariado en Colombia a principios del siglo XX, con el apoyo de las informaciones que brinda una norteamericana protestante, Mauda Newell Williams –esposa de un pastor que cumplió durante algunos años su tarea evangelizadora en Colombia–, quien dejó consignadas sus observaciones en un libro escrito en inglés y casi por completo desconocido en el país: *The Least of These in Colombia*.<sup>9</sup>

### ***The Least of These in Colombia*, de Mauda Newell Williams**

Se trata de un libro singular y aunque la autora precisa muy bien en el prefacio el objeto limitado de su reflexión, el texto no deja de sorprender: ‘No es un libro abstracto o filosófico, es concreto y específico. No trata de dar cuenta del trabajo realizado por los misioneros protestantes, tampoco trata de mostrar las posibilidades, recursos o industrias de Colombia... Podría hablar sobre la gente refinada, educada... podría describir la clase de los artesanos, o podría tratar de la clase agrícola... pero [el libro] sólo trata de los sirvientes, y no de todos... solamente de los nuestros’<sup>10</sup>. Aunque sus observaciones pueden servir al investigador para trazar un cuadro del servicio doméstico como relación social que combina rasgos ‘modernos’ y

---

<sup>7</sup> *Censo de población de la República de Colombia levantado el 14 de Octubre de 1918 y aprobado el 14 de Septiembre de 1921 por la ley 8 del mismo año*, (Bogotá, 1924).

<sup>8</sup> En este *Censo*, en la categoría de *Oficios Domésticos* se incluía a las amas de casa, ayos, cocheros y palafreneros al servicio de casas particulares, cocineros, nodrizas, porteros, señoras dedicadas a los oficios domésticos y sirvientes. Aunque no es imposible calcular el número de amas de casa para descontarlas del total de mujeres contabilizadas dentro de esta categoría, de todas formas de número es proporcionalmente significativo con relación al total de la población en todas las ciudades, lo que nos hace pensar que sin duda el grupo de personas que se empleaban en labores domésticas era importante. Como comparación, en Ciudad de México las empleadas domésticas eran el 57% de la fuerza de trabajo femenino en 1811. El servicio doméstico era la mayor categoría ocupacional de toda la economía urbana, y empleaba a uno de cada cuatro trabajadores en la ciudad. Silvia Marina Arrom, *Las mujeres de la ciudad de México 1790–1857*, (México: Siglo XXI, 1988), p. 198.

<sup>9</sup> Mauda Newell Williams, *The Least of These in Colombia*, (New York: Fleming H. Revell Company, 1918), 183 páginas e ilustrado con 20 fotos; organizado en 25 capítulos, titulados la mayoría –21– con los nombres de los diferentes sirvientes que trabajaron en sus colegios y en sus casas, 19 mujeres y 2 hombres. Agradezco al profesor Malcolm Deas haber llamado mi atención sobre el libro de la señora Williams.

<sup>10</sup> *Idem.*, p. 7. [Todas las traducciones son mías].

‘premodernos’ más allá del marco de la familia Williams, sin embargo las realidades recreadas por la autora del libro en el que nos apoyamos no puedan generalizarse hasta no ser puestas en relación con otras fuentes históricas que permitan extender al conjunto sus observaciones, o más bien limitarlas al espacio particular de una ama de casa de clase media, quien era al mismo tiempo protestante y extranjera.

La autora define el objetivo de su libro de la siguiente manera: ‘El pensamiento de los norteamericanos es el de hacer algo por los vecinos latinoamericanos, pero para hacer algo nosotros tenemos que verlos como ellos son, no como quisiéramos que sean; tenemos que tener una concepción más justa de los latinoamericanos, deberíamos entenderlos... estas pequeñas historias *verdaderas* de la gente son escritas para revelar como son. Si alguien puede ver a los empleados domésticos como son, con sus limitaciones, con sus dificultades, con sus imposibilidades, yo me sentiré recompensada por mi aventura’.<sup>11</sup>

Desde luego que el libro debe ser tomado no como un análisis riguroso del servicio doméstico en un periodo de la historia de Colombia, sino ante todo como una *fuentes histórica* para el análisis de ese tipo de relación en un periodo de la historia del país. Pero una fuente de gran riqueza, no sólo por la forma sencilla y en apariencia sincera como están propuestas sus descripciones, sino por la propia amplitud de los aspectos que en su libro son tratados. La autora describe en forma desprevenida lo que a más le impactó y le sorprendió del grupo amplio de sirvientes que tuvo, sin ruidosas valoraciones sobre lo que observó, aunque ocasionalmente se deja sentir su papel de evangelizadora, como cuando expresa su deseo de reforma de algunas de las prácticas y conductas que observaba y que encontraba poco conformes con sus cánones morales. Algunos comportamientos repetidos, como la mentira, los pequeños robos o el exceso en el consumo de alcohol, eran conductas que recibían desaprobación de este espíritu puritano. Y sin embargo la señora Williams no culpa a los sirvientes por esos comportamientos, sino que hace un reproche a la sociedad por mantener a un grupo de personas en condiciones que los llevan a actuar de una forma que termina siendo reprobable desde el punto de vista de su moral. La autora, en el último capítulo de su libro, hace una reflexión sobre esta situación: ‘Borrachos, sí, a veces ladrones, mentirosos, inmorales. Yo encontré de todo. Son pecados que fácilmente nos acosan y contra los cuales no tenemos armas. Ellos [los sirvientes] no han sido educados, no tienen metas altas, no tienen ideales. ¿Debemos, entonces, condenarlos?. Si un niño es indisciplinado, nosotros culpamos a los padres y nos apiadamos del niño. Si toda una clase social es mantenida en la ignorancia, ¿debemos culparlos... condenarlos?. La borrachera, la mentira, el robo, son resultado de las condiciones en que esta clase vive y de la ausencia de desarrollo espiritual y mental de sus almas. Yo encontré unos sirvientes que trabajan duro, alegres a pesar de sus condiciones intolerables, valientes y leales, con un hermoso espíritu de humildad, sin arrogancia, listos a dar la mitad o más de

---

<sup>11</sup> *Idem.*, p. 8. El subrayado es mío.

la mitad de lo poco que poseen, cariñosos y simpáticos entre ellos e incluso con una extranjera. ... En sus corazones no reside la culpa...'.<sup>12</sup> Así, pues, de manera curiosa la ética protestante se sometía a los modelos de interpretación sociológica más corrientes que deshacen el problema de la culpa en un conjunto de condiciones sociales, a veces dejando de lado la propia condición de libertad y responsabilidad personales, lo que no deja de ser una extraña combinación de moral protestante, sociologismo y vestigios del viejo espíritu ilustrado que piensa que la 'buena educación' cívica y moral es el principio de reforma de toda conducta 'desviada'.

No resulta extraño desde luego que haya sido una mujer –en este caso protestante y extranjera, como ya lo señalamos– quien se decida a describir este mundo doméstico ignorado por tantos observadores, pues finalmente gran parte de la esfera de desempeño de la mujer, ayer más que hoy, ha sido la 'esfera del hogar'. La administración de la casa envolvía –desde luego en los grupos sociales que disfrutaban de este privilegio– la contratación de los sirvientes, la manera de dirigirlos una vez que estuvieran contratados, las instrucciones acerca de cómo y qué cocinar, qué comprar en el mercado, cómo limpiar, cómo lavar y planchar la ropa, cómo disponer la mesa, etc.; todo un sistema codificado de órdenes largamente formado por la tradición, no sólo desde el punto de vista de sus contenidos, sino desde el punto de vista de la forma misma de su transmisión, tarea que siempre había estado del lado de la mujer.<sup>13</sup>

Agreguemos que aunque no tenemos conocimiento acerca de cuál era la confesión religiosa específica a la que pertenecía la autora, podemos suponer que fue era miembro de la *Board of Foreign Missions of the Presbyterian Church of U.S.A.*, una iglesia misionera presbiteriana que para esa época tenía sede en Bogotá, ciudad en donde la familia Williams permaneció algunos años antes de trasladarse al departamento de Santander, algunas de cuyas gentes populares serán el objeto de esta especie de 'etnografía espontánea'.<sup>14</sup>

No dejemos de indicar que en nuestra recreación del libro de la señora Williams pondremos de presente no sólo todos los datos de carácter más o menos objetivo que la autora incluye como distintivos del funcionamiento del servicio doméstico –por ejemplo los salarios pagados o los horarios de trabajo–, sino también sus particulares apreciaciones sobre rasgos físicos, condición moral, costumbres de vida, etc., que posiblemente son el elemento más complejo de su libro cuando

---

<sup>12</sup> *Idem.*, p. 182-183.

<sup>13</sup> Cf. Eileen Power, 'La esposa del ménager. Una ama de casa parisiense en el siglo XIV', en E. Power, *Gente Medieval*, (Barcelona: Ariel, 1988), pp. 153–183.

<sup>14</sup> Los Presbiterianos era la iglesia misionera protestante más grande y más dinámica en Colombia a principios del siglo XX, la que tenía más sedes, más misioneros y más estudiantes en sus colegios; sus seguidores eran básicamente artesanos y pequeños comerciantes. Ver Kenneth G. Grubb, *South America. The Northern Republics of South America. Ecuador, Colombia and Venezuela*, (Londres: World Dominion Press, 1931). En el Censo de 1918 se registran 5.094 protestantes en Colombia, lo que representaba el 0.07% del total de la población; 680 se encontraban en Bogotá, el 13% del total de los protestantes, y en Bucaramanga 179, el 3.5%.

se lo usa como fuente histórica, ya que, como siempre ocurre, se trata de una fuente que nos enseña tanto sobre la realidad que describe y califica –en un solo movimiento–, como sobre los propios criterios de calificación de la autora, hecho que no perdemos de vista, ya que tan erróneo como sería aspirar a una generalización para todo el servicio doméstico del país de las observaciones de la escritora, resultaría otorgar el estatuto de ‘descripciones objetivas’ a las que aquí se nos presentan, sobre todo cuando esas descripciones recaen sobre aspectos sociales tan complejos como la ‘psicología popular’ o la definición de los elementos de pertenencia ‘racial’ de los trabajadores que son descritos. Pero nada de eso resta importancia a las observaciones de la señora Williams, las que resultan interesantes para comprender tanto la relación social de que se ocupan, como los criterios y formas de observar de quien describe.

Cerremos esta breve introducción aclarando que la primera parte del libro –los primeros diez capítulos– describe a los empleados domésticos que estuvieron al servicio de los Williams y relata en detalle las labores domésticas de la casa y del colegio en Bogotá y mencionemos que luego la familia misionera partirá para ‘tierra caliente’, según expresión de la autora, aunque nunca se indique el nombre del nuevo lugar de residencia. Sin embargo, por las descripciones que se presentan, por el viaje que su esposo hace a la población cercana de Río Negro a cumplir labores evangélicas y por la procedencia de una de las sirvientas –Socorro–, es posible afirmar con relativa seguridad que se trata de Bucaramanga.<sup>15</sup> Lo podemos confirmar también revisando los datos que se conocen acerca de la fundación hacia 1912 de la sede de los Presbiterianos en esa ciudad, por fuera de otras pequeñas pistas regadas a lo largo del libro.<sup>16</sup>

## Los Sirvientes Domésticos

Podemos ahora sí centrar la atención en la descripción de los empleados domésticos que tuvieron los Williams en sus casas y en los colegios internos de niños en Bogotá y Bucaramanga, tal como esa descripción resulta de la pluma de Maude Newell Williams, pues, como lo afirmamos en los renglones anteriores, no hay descripción que no incluya al mismo tiempo elementos de calificación.

Se trata de descripciones que abarcan aspectos variados, que van desde los tipos de tareas que cumplían los servidores domésticos, hasta la descripción de algunos de sus rasgos ‘psicológicos’, pasando por la descripción física de cada uno de ellos, todo lo cual permite trazar un cuadro inicial del tipo de vínculo social de que se trataba, de las características de las gentes que desempeñaban esa función y algunos rasgos de ‘mentalidad’ que los individualizaba, sin olvidar el hecho de que se trata de una fuente histórica particular que, si bien resulta un testimonio por

---

<sup>15</sup> Maude Newell Williams, *op. cit.*, p. 84 y 114.

<sup>16</sup> K.G. Grubb, *op. cit.*, p. 69 y 70.

algunos aspectos convincente, de ninguna manera constituye un testimonio concluyente. En todo caso, se trata de informaciones sobre un grupo y unos vínculos sociales poco conocidos, no sólo porque el problema no haya despertado mayor interés entre los investigadores sociales, sino también por la ausencia de una documentación que registre esa realidad, una realidad poco visible, incluso en las ricas descripciones de los viajeros del siglo XIX o en algunas novelas costumbristas y románticas de los siglos XIX y XX.

Un primer elemento que llama la atención, aunque es conocido y explicable, y permanece como rasgo dominante hasta el presente, es la inexistencia de cualquier forma de *contrato de trabajo escrito* en este tipo de relación, aunque sí se especificaban de manera taxativa las obligaciones, como en el caso de las cocineras, a quienes también se encargaba la tarea del mercado. Sin embargo, y tal como resulta ser en tantos otros oficios, era el *quehacer diario* el que iba aclarando las labores, las responsabilidades y los horarios que una servidora doméstica debía cumplir, lo que hacía que la relación entre la empleadora –por lo menos en el caso de la señora Williams– y sus domésticas fuera de tipo vertical, personalizada y cercana, en la que parecen irse constituyendo complejos sentimientos (amores y odios) difíciles de desentrañar y nunca resueltos completamente. Por un lado la ‘patrona’ sentía responsabilidad moral respecto de su empleada; por el otro, la empleada, que era en principio una extraña, entraba en una relación de cercanía –espacial desde luego, pero también afectiva– con la familia empleadora, lo que le permitía entrar en el *mundo privado de la familia*, lo que al tiempo requería de su parte completa lealtad.

Una de las características de las empleadas domésticas que describe la señora Williams es la de su relativa *especialización*, aunque es difícil saber si se trata de un patrón de distinción, de una necesidad real de especialización o de la simple incapacidad laboral de cumplir con varias funciones. Si la servidora doméstica sabía cocinar, no servía la comida; si sabía servir la mesa, no cocinaba; si planchaba, no barría; si se ocupaba de la sala y el comedor, no lavaba los platos; y aunque la cocinera iba al mercado, no hacía el oficio de planchar.<sup>17</sup> A esta característica se sumaba otra que aparece muy visible en el texto: la falta de ‘experticia’ para hacer esas tareas con corrección –por lo menos con la corrección que exigían los patrones de comodidad y decoro de las clases medias extranjeras–, lo que recuerda que ese aprendizaje se hacía, al igual que hoy, directamente en el trabajo, y ello a pesar de todas las iniciativas que, impulsadas sobre todo por la iglesia católica, se hacían en algunos medios urbanos en relación con lo que se llamó ‘Escuelas de Hogar’. En el libro de la señora Williams esta falta de formación para el trabajo doméstico resalta sobre todo cuando la pareja llega a Bucaramanga y comienza su búsqueda de servidoras domésticas<sup>18</sup>, por lo demás en una ciudad, la Bucaramanga de principios del siglo XX, en donde las condiciones de vida eran mucho más precarias

---

<sup>17</sup> Maude Newell Williams, *op. cit.*, p 75.

<sup>18</sup> *Idem.*, capítulo XI.

que las de Bogotá, y en donde el agua, por ejemplo, había que traerla cargada en burros desde distancias considerables, la leche en buenas condiciones resultaba difícil de conseguir en la plaza de mercado (razón por la cual los Williams optaron por comprar una vaca y un ternero), y la variedad y calidad de alimentos disponibles en el mercado era mucho menor que las que los Williams habían conocido en Bogotá<sup>19</sup>, todo lo cual hacía que las labores domésticas de la casa y del colegio fueran más dispendiosas, requirieran más tiempo y exigieran más ‘personal de servicio’.

Tal y como lo describe la autora del libro, las labores domésticas resultaban agotadoras y colmaban todo el día. Según su relato, el quehacer doméstico de la servidumbre de la casa comenzaba temprano en la mañana (a las seis de la mañana), cuando se iniciaba la preparación del desayuno para los Williams y sus hijos –la señora Williams guardaba las llaves de la despensa y era quien repartía con estricto control las pastillas de chocolate y los panes–. Las labores del colegio se iniciaban a las siete de la mañana. Ella, al igual que su esposo, enseñaba en el colegio, aunque sólo dictaba unas pocas clases, ya que la mayor parte de su tiempo era consumido por la supervisión de las labores domésticas que en la casa y el colegio realizan sus servidoras. De esta manera, la señora Williams disponía de tiempo para organizar las labores de la casa, las comidas del día, lo que consistía para ella básicamente en sacar los alimentos necesarios de la alacena y dárselos a las cocineras, mientras algún sirviente traía los alimentos que se compraban diariamente. La sirvienta, en este caso, debía tener el control de lo que se traía, de los que había costado y del dinero que se había gastado. A las diez y media se llamaba a los niños a unas ‘medias mañanas’, a las dos y media a almorzar y a las seis la comida<sup>20</sup>, sin que ninguna hora del día escapara al trabajo, ya que la simple preparación de alimentos, bajo las condiciones técnicas de entonces, requería un tiempo que hoy sorprendería, de acuerdo con lo que han llegado a ser nuestros ritmos domésticos y formas de alimentación.

En su libro, la señora Williams definía el lavado y el planchado de la ropa como una verdadera pesadilla, a lo que se agregaba la limpieza del polvo y el arreglo de los cuartos de unas casas que por lo general eran grandes.<sup>21</sup> Parte de la rutina para la empleada doméstica que tuviera a su cargo estas labores era la siguiente: los lunes limpieza del comedor y los cuartos de la casa que estaban en el segundo piso, preparación y puesta en mesa de las comidas de los niños del colegio y remojo de la ropa. Los martes recogida de agua, de la que ese día se carecía por limitación del acueducto de la ciudad. El miércoles concluir el lavado de la ropa (restregar, quitar el jabón, sacudir y extender), para, durante los días siguientes, dedicarse al planchado.<sup>22</sup>

---

<sup>19</sup> *Idem.*, p. 89.

<sup>20</sup> *Idem.*, p. 28 y 29.

<sup>21</sup> *Idem.*, p. 40.

<sup>22</sup> *Idem.*, p. 41. Por un día de lavado de ropa, ella pagaba 15 o 20 centavos de dólar, tarifa que parecía ser la habitual. La Tasa de Cambio Nominal del peso con el dólar durante la década de 1910 fue en



Otra labor doméstica difícil, agotadora y dispendiosa era la de la preparación del baño diario de los patrones: había que calentar el agua en la estufa, luego cargarla hasta el sitio donde estuviera la tina, y después de cada baño había que vaciar la tina, volverla a llenar y volverla a desocupar. Se necesitaba una mujer fuerte para hacer esta labor. Calentar el agua era también difícil si se tienen en cuenta las condiciones precarias de las cocinas, constituidas básicamente por una estufa colocada sobre una mesa de ladrillo cuadrada de tres metros por tres, construida sobre un piso sólido, con dos huecos arriba que funcionaban como boquillas y otro hueco al frente para introducir la leña o el carbón, en un espacio que regularmente resultaba pequeño y oscuro. En las horas en que estaba prendida la estufa, el pequeño espacio se llenaba de humo. La pared donde quedaba la estufa era abierta en la parte superior para ayudar a evacuar el humo. No había horno o chimenea.<sup>23</sup>

Aunque no hay una mención explícita del origen geográfico de los sirvientes que trabajaron para la Señora Williams, todo indica que provenían de poblaciones cercanas a Bogotá o Bucaramanga, o de zonas rurales, como en el caso de Bárbara, la primera empleada que tuvieron en Bucaramanga, en cuyo caso se menciona que vino del ‘campo’ y que gastó dos días de viaje para llegar a la ciudad.<sup>24</sup> Se trata en todos los casos de gentes que tenían sus parientes fuera de la ciudad, lo que era ocasión de solicitud de permisos, utilizados también como un primer paso para el abandono de la casa de la patrona. Pero lo que se desprende de la lectura es que se trata en todos los casos de gentes que mantenían un fuerte vínculo con el campo, que parece ser su lugar de origen y el elemento central que define su cultura, aunque se trataba de gentes expuestas a una circulación más o menos permanente entre la ciudad y el campo.<sup>25</sup>

Los primeros capítulos del libro son iniciados por la autora con una descripción física pormenorizada de sus sirvientes. Se detiene sobre todo a precisar el color de la piel, la forma de la cara y el color y forma de los ojos, y aun el conjunto de la figura, ofreciendo indicaciones precisas sobre el origen racial social de quienes fueron sus servidores. Así por ejemplo, en la sede presbiteriana de Bogotá tuvieron como cocinera a Rosario, mestiza, aunque menos oscura que la mayoría, con ojos pequeños y rasgados y en cuya figura la señora Williams pretendía percibir la

---

promedio de 1 peso por 1 dólar. Véase Banco de la Republica, *El Desempeño Macroeconómico Colombiano. Series Estadísticas (1905-1997)*. Segunda Versión, (Bogotá: Banco de la República, 1999), p. 41. El pago de 15 a 20 centavos por el día de trabajo es lo que se le pagaba diario a un trabajador calificado en el sector privado como salario y la mitad de lo que se le pagaba a un peón de la construcción en el sector público como salario al día. Véase M. Urrutia, ‘Estadísticas de Salarios en Bogotá 1863–1933’, en M. Urrutia y M. Arrubla (editores), *Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia*, (Bogotá: Universidad Nacional, 1970), pp. 31-71.

<sup>23</sup> *Idem.*, p. 19.

<sup>24</sup> *Idem.*, p. 75.

<sup>25</sup> Como referencia de comparación, en 1811 en ciudad de México el 61.3% de las sirvientes domésticas eran migrantes. Silvia Marina Arrom, *op. cit.*, p. 233.

‘sangre indígena’.<sup>26</sup> Quien también trabajó como cocinera para la familia fue Pabla, que era ‘casi indígena’, con ojos y pelo negros, con pómulos salientes y cabeza pequeña, según las observaciones raciales de la autora.<sup>27</sup> Y Cleofa, mestiza que reemplazó a Pabla, quien enfermó y tuvo que retirarse del trabajo.<sup>28</sup> Teresa –el reemplazo de Cleofa– fue la única empleada negra que tuvieron.<sup>29</sup> María de la Bendición, por su parte –una chica de quince años, con una tez blanco olivo y pelo negro a quien la señora Williams denominada como mestiza, aunque su apariencia podría ser perfectamente la de una española, según la propia descripción que ofrece el libro–, sería el ejemplo de una ‘mestiza blanca’, dentro de ese rico abanico de colores que caracterizaron todas aquellas que fueron servidoras de la familia Williams. Y aun se agregan los nombres de Delia, blanca, con fina figura y suave pelo negro, muy poco parecida en su fisonomía al resto de las domésticas– y los de Benigna y Jova, igualmente jóvenes blancas. La autora precisa, acerca del mestizaje, que ‘para los colombianos, mestizos son las personas que tienen una gota de sangre indígena, aunque el noventa por ciento sea sangre blanca española’<sup>30</sup>, recordando un elemento innegable de la forma como ha sido vivida y apreciada el mestizaje en el país, cuando se la piensa bajo el modelo de la superioridad blanca.

Estuvieron igualmente trabajando en la casa y colegio de los Williams otras mujeres que parecerían diferenciarse de las antes mencionadas tanto por sus rasgos como por su educación. Se trata de una enfermera y dos mujeres más –las tres mencionadas como ‘blancas’– que se encargaban del funcionamiento de la casa y del colegio y a las que se denominaba como ‘amas de llaves’. Fueron contratadas cuando nació el último de sus hijos bogotanos. Bautista, la enfermera, recomendada por un médico y con referencias de haber estudiado en París; la señorita Bertilda López, ama de llaves, contratada antes del nacimiento, y María Rodríguez, a quien llama ‘mitad señorita’, empleada cuando el retiro de Bertilda.<sup>31</sup>

Si bien la apariencia física de los servidores de la señora Williams resultaba un ‘marcador’ inmediato para su clasificación, la forma de vestir también era un rasgo esencial en la consideración de esta ‘etnógrafa aficionada’. Al parecer, el calzado era un elemento importante para diferenciarse entre los sirvientes y empleados. Bautista, la enfermera, calzaba zapatos, junto con los cuales vestía una falda negra y una mantilla, lo que parecía otorgarle una figura respetable ante la servidumbre de la casa. Las sirvientas vestían también falda larga, pero no mantilla ni zapatos, como lo muestran las fotografías que acompañan el libro. Pero el mejor ejemplo de descripción de la forma de vestir de este grupo amplio de sirvientes es el que hace la autora refiriéndose a Valentino, muchacho de dieciséis años que llegó a la

---

<sup>26</sup> Maude Newell Williams, *op. cit.*, p. 17.

<sup>27</sup> *Idem.*, p. 27.

<sup>28</sup> *Idem.*, p. 40.

<sup>29</sup> *Idem.*, p. 45.

<sup>30</sup> *Idem.*, p. 137.

<sup>31</sup> *Idem.*, capítulos V, VI y VIII.

sede de Bogotá para hacer oficios varios. Según la autora, estaba descalzo, su ropa era andrajosa, los pantalones le llegaban un poco por debajo de las rodillas, la camisa remendada con pedazos de tela de diferentes materiales, colores y estampados<sup>32</sup>, lo que recuerda no sólo su condición humilde sino la pobreza extendida de las clases trabajadoras y en general la precariedad del ‘estado de civilización’ de la propia sociedad colombiana a principios del siglo XX.

La señora Williams hace especial énfasis en la manera como sus sirvientes hablaban el castellano y recrea con detalle las formas de pronunciación, aspecto al cual parece haber resultado muy sensible, posiblemente por su propia condición de extranjera que encontraba grandes dificultades para entender un idioma que tiene tan variadas pronunciaciones regionales y tantos localismos. De una de sus servidoras, Rosario, dirá que su lenguaje ‘no es posible encontrarlo en ningún diccionario o libro de gramática’, por lo cual ‘algunas de nuestras conversaciones fueron ridículas y absurdas en extremo’.<sup>33</sup> La autora parece igualmente haber estado muy interesada por saber si sus servidores sabían leer y escribir, interés que debe relacionarse con su condición de maestra y protestante, por el alfabetismo extendido que había seguramente conocido en su sociedad y porque saber leer y escribir facilitaba el trabajo de sus servidores en tareas rutinarias como la compra semanal de alimentos en el mercado. Elaborar la lista de las cosas que se deberían comprar era sin duda más fácil para una persona que dominara la lectura y la escritura, lo mismo que los rudimentos de la aritmética. En algunos casos, como el de Rosario, cocinera de la sede de la Misión en Bogotá, la señora Williams se sorprendía ante su capacidad de memoria, con la que suplía la ignorancia de la lectura y la escritura, pues cuenta que Rosario era capaz de dar cuenta de manera pormenorizada de los precios de los alimentos, la cantidad y el costo de todo lo comprado y otra infinita cantidad de detalles. Como se sabe, el recurso permanente a la memoria ha sido distintivo de sociedades letradas en las cuales el texto tiene carácter sagrado o resulta un bien escaso y en donde el aprendizaje se acompaña de elaboradas ‘artes de la memoria’ –es el caso de la Edad Media–, o de sociedades o grupos ‘sin escritura’, en los cuales la memoria es el soporte de todo recuerdo, como ocurre en las sociedades campesinas con escaso desarrollo de la escuela, como resulta ser el caso de Colombia a principios del siglo XX.

La situación constatada de analfabetismo llevó a la señora Williams a realizar, junto con su esposo, tareas educativas entre sus sirvientes, como posiblemente se hacía en algunas otras casas de gentes acomodadas, siguiendo la prescripción bíblica de ‘enseñar al que no se sabe’. Pero en el caso particular que nos ocupa, ese precepto bíblico no adquiere tan sólo el significado paternalista que ha sido habitual en el viejo ‘catolicismo social’. La alfabetización tiene que ver con la salvación (ya que permite leer la Biblia), pero también con el acceso a un trabajo digno, que merezca

---

<sup>32</sup> *Idem.*, p. 25. «Parecía que nunca en su vida había tenido una comida completa», escribe la Señora Williams luego de describir su aspecto físico.

<sup>33</sup> *Idem.*, p. 17.

la aprobación de Dios, como se observa por lo menos en un caso, en el de Valentino, sirviente de la casa en Bogotá, a quienes los Williams le ofrecieron ingreso al colegio de niños a pesar de su edad, con el fin de que aprendiera a leer y escribir. Cumplida la meta, Valentino se formaría luego como artesano. En Bucaramanga, la señora Williams persistió en el esfuerzo alfabetizador entre sus sirvientes, como intentó también enseñarles a coser y bordar, aunque los resultados no fueron los que esperaba, pues, en su opinión, ‘no había motivación para aprender’.<sup>34</sup>

Un punto ampliamente recreado por la señora Williams es el extendido ‘madresolterismo’ de sus domésticas. El libro se inicia con el capítulo sobre Dominga, empleada que va dos días a la semana a hacer la limpieza en la sede de Bogotá. ‘Dominga es una de las sesenta de cada cien mujeres en Colombia para quienes no hay matrimonio. Ningún hombre de esta clase toma la responsabilidad de criar a sus hijos; eso es para las madres solamente. No hay vida familiar ... No hay matrimonio entre este sesenta por ciento; ¿Por qué? ... Nosotros aquí nos ocupamos de los resultados, no de las causas’.<sup>35</sup> La autora menciona, por ejemplo, el caso de esta sirvienta, una joven madre-soltera con dos hijos completamente desnutridos, a los que tenía que dejar solos para ir a trabajar; y el de Rosario, cocinera en la sede de Bogotá, igualmente madre-soltera con una hija y sin ningún apoyo paterno. Y en Bucaramanga menciona a Socorro, cocinera también, aunque no tan joven –la autora le calcula treinta y cinco años–, y quien tenía diez hijos, a los que califica como más ‘buenos mozos’ que sus medio hermanos legítimos. Socorro tuvo al primero de sus hijos siendo muy joven, y éste como los diez restantes tuvieron como padre a un ‘señor’ –al parecer alguien de mejor posición social–, quien en algún momento dejó por una nueva amante a su tradicional concubina, por la cual ésta tuvo que trabajar para poder ayudar a alimentar y criar a sus tres hijos menores, quienes vivían con su familia en su pueblo natal<sup>36</sup> –Socorro ignoraba en dónde se encontraban los otros siete–. Se menciona también el caso de Natividad, huérfana de madre y cocinera en Bucaramanga, hija también de un ‘hombre distinguido’, quien nunca se hizo responsable de su hija. Su situación de bastardía se hizo explícita pues sus tareas la obligaban a concurrir al mercado los días sábados, a lo que se negaba, pues no quería correr el riesgo de encontrarse con su padre, quien no sólo la había abandonado, sino que además de enfurecía al encontrarla desempeñando ese ‘bajo oficio’, con el cual la hija abandonada causaba ‘infamia’ al apellido paterno.<sup>37</sup>

---

<sup>34</sup> *Idem.*, p. 173. No hay indicios en el libro de la Señora Williams acerca de intentos proselitistas con sus sirvientes o exigencias de conversión al protestantismo para ser contratados.

<sup>35</sup> *Idem.*, p. 16.

<sup>36</sup> *Idem.*, p. 114 y 115.

<sup>37</sup> *Idem.*, p. 132. Por lo demás el ‘ilegitimismo’ es una condición reconocida tanto por los observadores como por las estadísticas. En Bogotá, por ejemplo, la tasa de nacimiento de hijos ilegítimos se estima en más del 50% para finales del siglo XIX y en cerca del 30% para los años 60s del siglo XX. Véase Miguel Ángel Urrego, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930* (Bogotá. Ariel, 1997), p. 224.

La señora Williams no fue insensible a la capacidad y la actitud positiva frente al trabajo que mostraron sus servidores. Así, por ejemplo, Valentino era confiable; Pabla era alegre, servicial, llena de energía, dispuesta a trabajar a cualquier hora y comprometida con la casa y el colegio, a pesar de su desorden, e incluso una noche fue capaz de enfrentarse sola a un ladrón que trataba de robar en el colegio;<sup>38</sup> Cleofa, por su parte, tenía un carácter fuerte como ‘una tormenta tropical’, pero resultaba una trabajadora emprendedora y entregada a su oficio;<sup>39</sup> mientras que Bautista, habilitada como enfermera, era callada y confiable, pasando casi a formar parte de la familia. A Bautista se le pagó 1 dólar por día durante las seis semanas en que trabajó como enfermera, mientras que a las encargadas del servicio doméstico se les pagaba 1 o 2 dólares al mes.<sup>40</sup> Pero Bautista, por fuera de dedicarse a cuidar al pequeño recién nacido de la señora Williams, asumía toda clase de labores domésticas, como hornear panes, hacer remedios caseros para la gripa, curar la indigestión y la fiebre, etc.<sup>41</sup> Bárbara, por su parte, llena de energía y valiente, olvidaba y refundía todo, desde la ropa hasta pequeños utensilios de cocina, en una mezcla de desorden y despiste permanente, según los adjetivos de la señora Williams.<sup>42</sup> Y Luis, un joven que en Bucaramanga desempeñaba para los Williams variadas labores, entre las que se encontraban la de la recolección diaria del agua, el cuidado de la vaca y del ternero, la atención de las gallinas y toda clase de reparaciones locativas de la casa y el colegio, por fuera de barrer y cocinar cuando se necesitara, y quien mostraba una gran disposición hacia el trabajo, pese que en principio la familia había mostrado reservas frente a él, por haber salido de la cárcel recientemente.<sup>43</sup> Igualmente María Rodríguez, ama de llaves, persona ‘perfectamente confiable’<sup>44</sup>, quien cuidaba del hijo menor de los Williams con responsabilidad y dedicación, lo llevaba de paseo por las tardes al parque, lo alimentaba, lo bañaba y vestía, pero quien además conocía una gran variedad de comidas del país, servía la mesa con elegancia y sabía hacer cuentas con toda exactitud.<sup>45</sup> Edelmira, sirvienta en Bucaramanga, es comparada en el texto con

---

<sup>38</sup> *Idem.*, p. 38.

<sup>39</sup> *Idem.*, p. 40.

<sup>40</sup> El pago de 1 dólar, es decir 1 peso, diario a la enfermera como a las ‘amas de llaves’ es equivalente al salario diario de un oficial de la construcción en el sector público o de un trabajador calificado en el sector público en Bogotá en la misma época. Sin embargo el pago de 1 peso o 2 pesos al mes a los sirvientes domésticos es monto tan pequeño que no puede ser comparable con ningún salario de esa época y tal vez para dar una idea de la pequeñez del valor sería pertinente dar algunos precios de artículos de consumo popular en Bogotá. Por ejemplo, en 1918 una arroba de azúcar valía 2.60 pesos reales, una arroba de arroz 2.70, una carga de maíz 4.50, una carga de panela 8.50 y una carga de papa 0.60. M. Urrutia, ‘Estadísticas de Salarios en Bogotá 1863–1933’ y ‘Estadísticas de Precios 1846–1933’, en M. Urrutia y M. Arrubla (editores), op. cit., pp. 31–71 y pp. 83–105.

<sup>41</sup> *Idem.*, cap. V.

<sup>42</sup> *Idem.*, capítulo X.

<sup>43</sup> *Idem.*, capítulo XII.

<sup>44</sup> *Idem.*, p. 61.

<sup>45</sup> *Idem.*, p. 64.

María, por su obediencia y ausencia de ‘vicios’ y defectos como masticar tabaco, fumar, consumir licor o usar la ropa sucia.

Pero el conjunto de virtudes que la observadora puritana encontraba en su personal de servicio aparece contrastado por la presencia de una serie de prácticas y conductas que la señora Williams menciona, como la mentira, el robo, las borracheras y el abandono del trabajo sin ningún anuncio formal. La cocinera Rosario es un buen ejemplo de la práctica del pequeño robo (de vez en cuando escondía las mejores papas debajo de su chal, o algunas barras de chocolate y algunos panes, que luego vendía en la esquina, cerca de la casa), que la señora Williams parece relacionar, a lo mejor de manera inexacta, con el bajo sueldo que pagaba –dos dólares al mes, pago que sus conocidas colombianas juzgaban exageradamente elevado y pernicioso—.<sup>46</sup> Pero Rosario además tenía afición por la chicha, la que tomaba en sus tardes libres y que la fue arrastrando a borracheras cada vez mayores, hasta que una tarde la policía la trajo totalmente ebria, desmadejada y sin sentido, lo que llevó a unos Williams escandalizados a despedirla, aunque semanas después la cocinera se encontraba de nuevo en sus funciones.

Los ejemplos acerca de la costumbre de mentir son variados. Así por ejemplo Cleofa, quien inventó la historia de un hermano enfermo en otra ciudad como forma de abandonar el trabajo, pero quien volvería dos días después diciendo que en realidad había encontrado un mejor sitio de trabajo y que tan sólo regresaba por su pago y sus pocos objetos personales. Situación similar con Rosario, quien pidió vacaciones por quince días y nunca regresó. Carmen, por su parte, pidió un pago por adelantado a sus patronos y dinero prestado a Edelmira y nunca regresó, después de haber pedido permiso para irse a pasar la noche de Navidad en otra ciudad mientras los Williams descansaban unos días en el campo.<sup>47</sup>

Las riñas populares también fueron experiencia conocida por la misionera. Así por ejemplo, Luis y Elvira, ambos sirvientes en Bucaramanga, habían entablado una relación amorosa que terminó mal, al parecer por los celos de Luis, quien un día, en el patio de la casa, tuvo un duro altercado con su novia, yéndose los dos a las manos y luego a los machetes, con heridas para las dos enamorados. Los Williams, no sabemos por qué, despidieron a Elvira, mientras que Luis, el celoso, se mantuvo en su trabajo hasta unos días después en que se hizo obvio su alcoholismo, lo que lo comprometía en riñas y pependencias dentro y fuera de la casa, lo que llevó a los Williams a despedir a quien había sido uno de sus servidores de mayor confianza.<sup>48</sup>

Ante estos hechos de esta naturaleza el relato de la autora intenta ser simplemente descriptivo, sin valoraciones exageradas, expresando una actitud que podría calificarse como de simpatía y perdón moderados de un superior respecto de un inferior, aunque en muchos casos lo que resulta directamente visible es una actitud

---

<sup>46</sup> *Idem.*, p. 18.

<sup>47</sup> *Idem.*, capítulo XXII.

<sup>48</sup> *Idem.*, p. 58.

ambivalente frente a seres a los que se trata de comprender y que han terminado en muchos casos siendo parte de la familia (la ‘servidumbre de la familia’) y en los cuales se ha depositado una gran confianza, al mismo tiempo que son ocasión permanente de problemas que llegan hasta a volverse insoportables.

Señalemos finalmente, en esta primera exploración de un texto que merece ser conocido y del cual se puede extraer muchísima información sobre un problema hasta el presente *invisible*, que el libro de la misionera protestante nos recuerda todo lo que hasta el presente se mantiene constante en una relación de trabajo que de, manera práctica, continua escapándose, en gran medida, a las regulaciones laborales hoy vigentes en el país y que de manera lenta pero efectiva han ido cubriendo a la mayor parte de las relaciones de trabajo urbanas en nuestra sociedad, colocándolas en un marco contractual codificado. Un hecho que parece avanzar de manera muy lenta en el caso del servicio doméstico, a pesar de la legalidad formal existente y de los esporádicos intentos de organización autónoma de este grupo de trabajadoras.

El libro –un texto sin mayores pretensiones y escrito con un elevado espíritu humanista y una buena dosis de simpatía por los servidores que trabajaron con la señora Williams– nos recuerda también una de las características esenciales presente en este tipo de relación social: la combinación de cercanía y distancia, en la que el subalterno penetra de manera cotidiana hasta los rincones más íntimos de la existencia de los patrones y termina siendo involucrado en un universo familiar y en un mundo de afecto, de los cuales al mismo tiempo se encuentra excluido de manera radical.

El servicio doméstico, en contra de lo que sostuvo hace varios años Alvaro Villar Gaviria, no parece ser un ‘gremio en extinción’. Muchos datos niegan la apreciación de Villar Gaviria y permiten afirmar más bien que se trata de una relación social que atraviesa en la actualidad y desde hace varios años un proceso agudo de *transformación* del viejo modelo que en este terreno había conocido el país. Particularmente en las clases medias urbanas debe haberse presentado una disminución del servicio doméstico en términos absolutos, bajo el peso doble de la crisis económicas, por un lado, y la disminución del número de hijos por familia, la reducción del espacio que ha acompañado la aparición de la llamada vivienda unifamiliar, la creación de guarderías –incluso en los barrios populares–, el aumento de los electrodomésticos que facilitan el trabajo del hogar y la mediana incorporación del varón a las labores domésticas, por otro lado, todo lo cual ha obligado o permitido los funcionamientos cotidianos de cierto tipo de familia sin el recurso antes indispensable del servicio doméstico. Pero la disminución del número de trabajadores domésticos –un trabajo que llegó a ser completamente femenino en el país, ya que no lo era hasta principios del siglo XX– posiblemente no sea el rasgo más sobresaliente del proceso que se encuentra en curso. Por una parte porque las dificultades económicas y la dificultad de acceder a un trabajo en una fábrica o en el sector comercial o de servicios en los últimos diez años ha

hecho que para muchas mujeres jóvenes el servicio doméstico se imponga de nuevo como una realidad laboral que deben considerar; y, por otro lado, porque el cambio mayor parece tener que ver con la aparición del trabajo por días (casi siempre visitando varios hogares) y el abandono de la casa de la patrona, lo que exige una vivienda independiente pero abre el camino para que la relación social pueda ser percibida ahora por fuera de los habituales marcos de servidumbre, dependencia y paternalismo como lo ha sido tradicionalmente, máxime cuando las disposiciones laborales vigentes le permiten a este tipo de trabajadores acceder a condiciones que han mejorado y dignificado su trabajo. Pero claro, del curso real de estas transformaciones no podría informarnos a cabalidad sino una cuidadosa investigación empírica adelantada con el recurso a ciencias sociales como la antropología, la sociología y la economía.